

Piel de Asno

En un reino lejano vivían un rey, una reina y su hija. El país era próspero y, en el patio del palacio, había un asno mágico que cada mañana dejaba monedas de oro sobre la paja.

La princesa crecía querida y aprendía a escuchar al pueblo, administrar los graneros y defender sus opiniones.

Pero la reina enfermó. Antes de morir, pidió al rey que no tomara ninguna decisión importante mientras aún estuviera dominado por la tristeza.

El rey lo prometió, pero no cumplió su promesa. Se aisló, dejó de escuchar a los consejeros y la pena confundió sus pensamientos.

Un día anunció que quería obligar a su hija a ocupar a la vez el lugar de princesa y el de reina mediante un matrimonio que nunca debería haberse propuesto.

—No —respondió ella—. Soy tu hija y tengo derecho a decidir con quién me caso. El duelo no convierte una injusticia en una obligación.

El rey, cegado por su deseo de controlarlo todo, no la escuchó.

La princesa pidió ayuda a su madrina, un hada que vivía junto al bosque.

—No debes soportar una orden injusta —dijo el hada—. Ganaremos tiempo y después marcharás a un lugar seguro.

La princesa pidió al rey un vestido del color del cielo. Pensaba que nadie podría fabricarlo.

Pero los tejedores trabajaron durante siete días y crearon un vestido que cambiaba del azul del alba al azul de la noche.

Entonces pidió un vestido tan claro como la luna. Los plateros hilaron rayos plateados y también lo terminaron.

Finalmente, pidió un vestido brillante como el sol. Los artesanos tejieron hilos de oro hasta iluminar toda la sala.

Ninguna de las pruebas había hecho reflexionar al rey.

—Ha llegado el momento de marcharse —dijo el hada.

Guardó los tres vestidos en un cofre tan pequeño como una nuez. Después preparó una capa gris con la lana áspera que el asno mágico perdía cada primavera.

—Esta capa ocultará los vestidos y tu rostro. Mientras la lleves te conocerán como Piel de Asno.

Aquella noche, la princesa dejó una carta explicando que se marchaba para protegerse y que solo regresaría cuando se respetara su decisión.

Atravesó el bosque y llegó a otro reino. Nadie reconoció a la figura cubierta con la capa gris.

En una granja real le ofrecieron trabajo. Piel de Asno alimentaba a los gansos, limpiaba los establos y ayudaba a preparar el pan.

El trabajo era duro, pero por primera vez podía decidir cuándo hablar, por dónde caminar y quién quería ser.

Los domingos, cuando se quedaba sola, abría el pequeño cofre. Se ponía uno de los vestidos y recordaba que la capa era solamente un disfraz, no su identidad.

Un día, el príncipe de aquel país pasó por la granja. A través de una ventana vio a una joven con el vestido del color del cielo leyendo un libro.

Cuando volvió a mirar, solo estaba Piel de Asno con la capa gris.

El príncipe preguntó quién era, pero nadie lo sabía. En lugar de espiarla o darle órdenes, comenzó a visitar la cocina y a conversar con ella mientras amasaban pan.

Hablaron de libros, cosechas y de cómo un gobernante debe escuchar antes de decidir.

Con el tiempo, Piel de Asno confió en él.

Durante la fiesta de primavera, se quitó la capa y se presentó ante la corte con el vestido del sol.

—Soy una princesa, pero huí porque querían decidir mi futuro sin mi consentimiento. No busco que nadie me rescate. Busco aliados que respeten mis decisiones.

El príncipe inclinó la cabeza.

—Tu historia te pertenece. Si algún día quieres compartir el camino conmigo, será porque ambos lo habremos elegido.

La princesa se quedó en el reino y entró en el consejo. Mejoró los graneros, las escuelas y las leyes que protegían a quienes debían huir de casa.

Meses después recibió una carta de su padre. Los consejeros lo habían obligado a escuchar el daño que había causado. El rey reconocía su injusticia y prometía no reclamarle nada.

La princesa no olvidó lo ocurrido, pero aceptó hablar con él en presencia del hada y del consejo. Perdonar, comprendió, no significaba permitir de nuevo lo mismo.

Años después, ella y el príncipe decidieron casarse. Lo anunciaron juntos, sin pruebas imposibles ni órdenes.

La princesa conservó la capa de Piel de Asno. No porque se avergonzara del pasado, sino porque le recordaba que, incluso bajo el disfraz más gris, seguía siendo la dueña de su voz y de su futuro.